

HOMENAJE AL ILUSTRE MAESTRO DR. D. MANUEL GOMEZ-MORENO

Un preciado galardón oficial ha sido conferido recientemente al sabio Maestro.

Con él, se ha querido exaltar su magnífica obra, premiando su espléndido trabajo y sus dotes admirables de investigador y de Maestro.

Nuestro Seminario, que tiene a gala considerarse como humilde discípulo, seguidor de sus aspiraciones y de sus afa-nes, y que le reverencia profunda y sentidamente, eleva su felicitación más cordial y respetuosa al egregio Maestro de muchas generaciones de arqueólogos e historiadores, y hace votos para que Dios le mantenga en la plenitud gozosa de esa vida intensa de abnegación y de trabajo, de ejemplaridad magnífica y de espléndida eficacia científica, que tanto y tan hondamente nos honra.

El día 31 de agosto de 1947, en la solemne clausura de la Universidad Inter-nacional, en Santander, le fué impues-ta al ilustre Profesor Dr. D. Manuel Gó-mez-Moreno, por el Excmo. Sr. Minis-tro de Educación Nacional, la Gran Cruz de Alfonso X.

A PROPOSITO DE UN LIBRO RECIENTE DEL MAESTRO GOMEZ-MORENO

«El Panteón Real de las Huelgas de Burgos», por Don Manuel Gómez-Moreno, Instituto «Diego Velázquez». Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1946.

Entre los estudios valiosísimos del sabio Maestro Dr. D. Manuel Gómez-Moreno (cada instante superados en ciencia viva, en eficacia docente, en frescura y en jugosidad), este, reciente, que su continuada y fina preocupación nos brinda, señala jalón de especial importancia.

Sobre su contenido, profundamente científico, y la austera base que le cimenta, encarnan otros aspectos sutiles y delicados.

La valoración del esfuerzo arqueológico, en viva ayuda al acervo histórico, completándole, iluminándole, procurando hacerle tangible para todos.

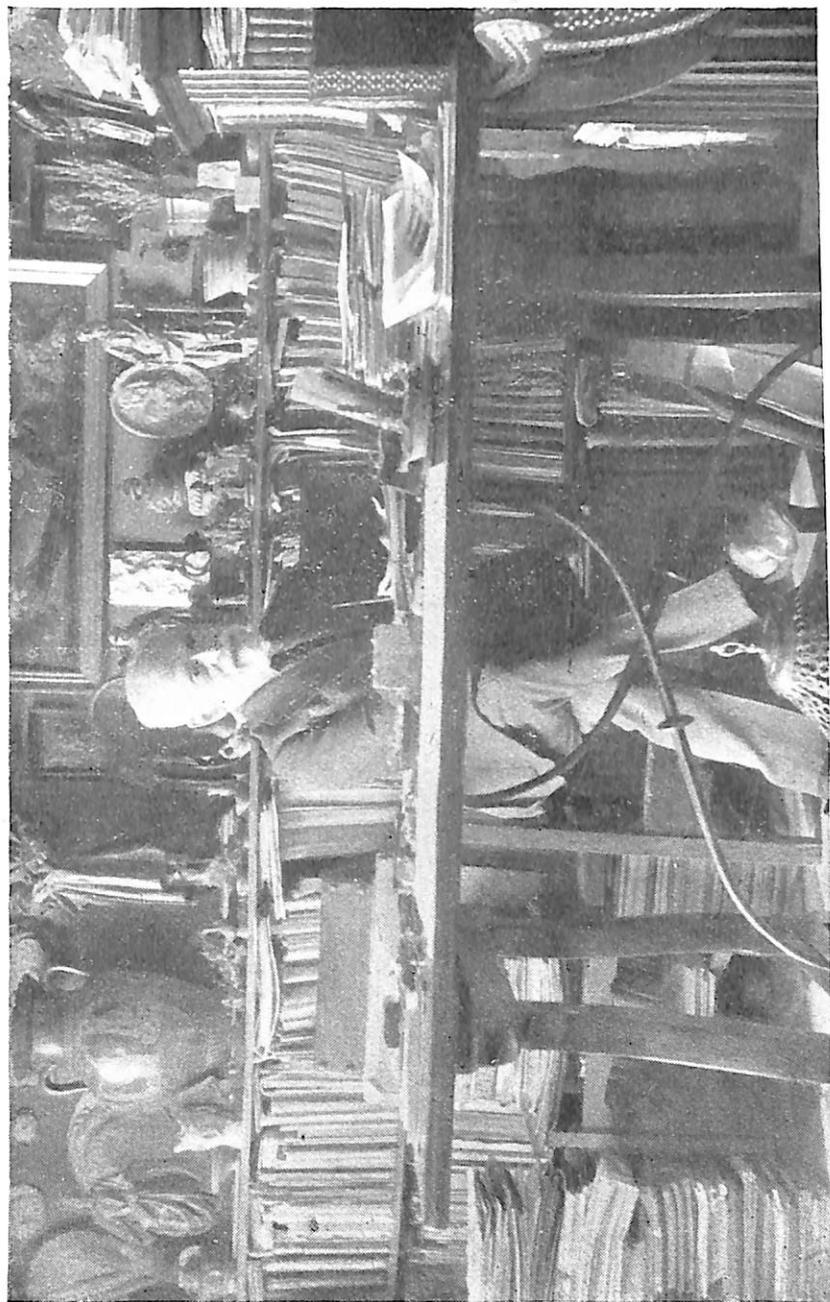
La aportación, novísima y única, de meros aspectos industriales que, olvidados o desdeñados, son sin embargo realidades de la vida, y a su vez, índices claros de situaciones y momentos culturales de alto valor.

El milagro de hacer comprensible, dentro de su novedad específica, ciertos momentos históricos confusos y, sobre todo ello (por el fervor y la inquietud viva de quien como nadie quiso y supo bucear en lo incógnito o en lo olvidado del pretérito), el no menos especial milagro de sacar a luz este viejo mundo, que tuvo su realidad y que, no por fenecido y oculto entre el polvo de los siglos, deja hoy de perdurar entre nosotros, con la propia encantadora belleza de sus revelaciones.

Y esta ímproba y magnífica labor, labor de verdadero poeta, como aquella otra, la ceñudamente científica del severo investigador, se hace sobre la carroña de unos despojos que la insania y la avidez ladrona de la francesada no supo respetar, inculta y miserablemente.

Todavía, por fortuna y gracias a la preocupación del Ministerio de Educación Nacional, el ilustre y admirado Maestro pudo poner sus manos, trémulas de respeto, sobre el contenido de las violadas yacijas de nuestros reyes y nuestros príncipes de los siglos XII a XIV, y exhumar, entre huesos removidos y trapos (que fueron en su día preciosas vestes, magníficas, ostentosas y llenas de prestancia), unos maravillosos capítulos de nuestra historia.

«Remembranzas» titula el Maestro en este su libro admirable el fino alarde de reconstrucción, y en él, con la rara ceñida pureza y con-



El Maestro Gómez-Moreno en su gabinete de trabajo.

creción de su peculiar estilo, abre amplia cantera llena de posibilidades y sugeridora de especiales apetencias de estudio al que quiera y desee recogerlas como espléndido programa. Porque en este libro (cuyo título, como anuncio luminoso, encabeza estas líneas), el sabio Maestro vertió sus atisbos magníficos, henchidos de savia fecunda y de densa doctrina, de tal manera y con tan pródiga dadivosidad que, como en otras muchas obras suyas magníficas, queda un arsenal copioso para el noble discípulo que ose y pueda seguirle y quiera y se atreva a poner manos sobre tan lucido y amplio bagaje, si bien, con toda aquella veneración que hondamente se le debe.

Este capítulo («Remembranzas», pág. 99) a que antes nos referimos, constituye un espléndido final del estudio minucioso y valiosísimo que constituye la obra.

Cada párrafo es un punto de meditación. Así ha de leerse y estudiarse al Maestro.

Su concreción abruma realmente. Nada puede haber en su producción que pueda producir un descanso; tan denso, tan sutil, tan acertado y tan justo y tan ceñido es en sus afirmaciones y en la manifestación de sus puntos de vista. Cuatro líneas súyas encierran una cantidad tal de valores, y ellos se concretan en una expresión tan perfecta, que nada y en modo alguno es desaprovechable. No puede haber descanso. La hojarasca falta, sin que por ello falte dicción correctísima, la imagen exacta y poética, la frase bella, atinada y justa, envolviendo una rara y especial síntesis.

Es maravilloso este capítulo, capítulo de antología histórica, ejemplo insigne e inigualado.

¡Qué maestría en las contadas jugosísimas líneas, hábilmente trazadas, para enseñarnos las dos direcciones que convergen sobre Castilla! Ellas llegan a concretarse, al conjuro del Maestro, en dos realidades geográficas —Burgos y Toledo—. Ambas, respectivamente, expresión de las nuevas tendencias que animan el momento: Una, extraña, norteña, concretada en «*ideas y en espíritu*»; otra, más sustancialmente nuestra, viva en el Sur, con valoración superior a toda realidad distinta, la que viene a fundirse en moldes de «*elegancia, cultura y trabajo*».

Y de la conjunción y maridaje, el brote vivo de la personalidad propia.

Lo interno de la vida de los reyes: La tragedia de Alfonso el de las Navas; la sosegada virtud de la buena reina Leonor, que engendra hijos que engendran santos; lo fugaz de la vida de Enrique, el mocito trepanado; la energía y habilidad de la madre de San Fernando; las vivas desgracias del Rey Sabio; la fallida esperanza en el de la Cerda; la animosidad de Sancho IV... entre princesas y príncipes y monjas

santas, cuyos nombres evocan centuria de grandeza y comienzos de un declinar, como en una fastuosa teoría, entre carroña de momias cubiertas con pingajos de lo que fueron cendales y telas, en seda y oro tejidas, desfilan ante la maravillosa evocación del Maestro, urdiendo con sus vidas páginas intensas de la historia de España.

Y ciérrase este capítulo —capítulo de antología histórica, repetimos— con el más bello y más sentido colofón, lleno de profunda sustancia españolista, con valor de poesía y sabor de plegaria.

Así termina este libro magnífico del Maestro.

Para llegar a este maravilloso resumen, anteceden nutridas páginas que contienen uno de los estudios más acabados, único podemos decir, que ha podido llevarse a cabo, sobre lo que se recogió, venturosamente, de un conjunto de sepulcros reales profanados.

Creemos firmemente que en los anales de estudios sobre nuestras viejas artes industriales, fundamentalmente tejidos, no se ha logrado avance tan considerable, ni tan atinado, ni tan justo, ni tan revelador incluso, de lo que pudo ser la pompa y el fausto de nuestros antiguos reyes, de la prestancia en el vestir, del gusto y delicadeza en la elección, y con todo ello, del alcance técnico, de la sabia *manera de hacer que*, irrumpiendo de zonas más soleadas, pudo abrirse ancho campo en esta Castilla, que ni es sórdida, ni parda ni jamás estuvo huérfana de exquisita sensibilidad.

Así las telas *viadas* o listadas, las sargas finísimas lisas de lino, o los lienzos de hilos retorcidos y bayetas tejidos en sarga, blancos o teñidos; las telas con trama de lana torcida y urdimbre de lino, los tafetanes con zonas de tapicería árabe incrustadas; los finísimos cendales; los *caramiellos* o tocados típicos de nuestras damas del siglo XIII (bellos, elegantes y lógicos y tan distantes de los absurdos actuales); las cintas y los galones u *orfebres*, en sus variedades típicas, y los últimos, como obra maestra; los bordados, como manifestación artística más personal y permanente en sus diferentes maneras y técnica, todo esto se valora en una serie de interesantísimos capítulos, donde, sobre el estudio minucioso, hecho sobre el propio ejemplar que se exhuma de la yacija, el Maestro tiende su amplia y magnífica erudición, revelando paralelismos, anotando analogías, ilustrando con citas arrancadas a otras manifestaciones artísticas de la época la seguridad plena y total de esta espléndida labor suya, y como suya, única.

Pero, hay más: En este denso arsenal de estudio que el Maestro nos brinda, otra serie de capítulos (que anteceden a los que ligeramente hemos intentado glosar) se dedican a determinar una clasificación de los ricos y ostentosos tejidos que han podido salvarse, siquiera para el estudio. Y esta clasificación recoge en primer lugar los que pueden

incluirse en lo árabe clásico. El Maestro avanza una interesantísima afirmación, antes de adentrarse en el estudio técnico de los ejemplares que tan sabiamente y con tan profundo conocimiento analiza; y es ésta la de que en el siglo XIII, en el aspecto industrial y en cuanto a este tipo de características manifestaciones, se vive tan sólo y únicamente de lo propio, es decir, de lo que constituye, en plan de equilibrio especial, lo fundamental de la sociedad castellana, lo que ha de determinar el mudéjarismo; en una palabra, los resultados lógicos de la convivencia entre cristianos y musulmanes, afirmación que tiene para nosotros un valor especial porque consolida de modo sorprendente, en estos aspectos, lo que pudo por otros estudios y en otro sentido avizorarse.

Y este milagro de reconocimiento y exaltación de lo propio, antes de que lo extraño penetre realmente (la influencia norteña que, siguiendo al Maestro, apuntamos), nos hace pensar qué pudiera haber sido España, en su natural evolución, libre de aquellas influencias y cuando tenía indudable conciencia de bastarse a sí misma. Cuando por propias influencias del Sur, respondió a un estado de equilibrio espiritual y cultural superior a cuanto pudiera irrumpir de afuera (posiblemente como consecuencia de aquel siglo X que, en plétora de valores y lleno de sustancia viva, bien pudo perdurar), España se sintió capaz de un *renacer* propio.

Volviendo de nuevo a encajarnos concretamente en nuestra pobre glosa sobre el maravilloso trabajo del Maestro, anotamos el determinado estudio que de los tejidos propiamente árabes nos hace. Sigue a continuación el de la serie mudéjar, con sus desviaciones progresivas, bajo fases morisca y cristiana, idénticas en técnica y dispares en arte, y a ésta el estudio de la serie propiamente cristiana, con técnica análoga a la mudéjar pero con sentido independiente.

Dos capítulos más, uno sobre sargas y otro sobre telas orientales, cierran este interesantísimo apartado. En ellos se estudian meticulosamente las características propias y se valoran sus particularidades, y todo esto se hace a base del estudio detallado de los elementos que han podido dar las sepulturas, los que se analizan con el especial cuidado y con la rara conciencia científica que tan sólo el Maestro Gómez-Moreno es capaz de llevar a cabo.

A estos capítulos antecede otro interesantísimo sobre técnicas, tan denso de doctrina como concreto, con esa rara concreción que da un sentido matemático, por lo justo y por lo preciso, a su estilo peculiar, sin que por ello deje de revestirse de esa tan suya poesía que, en dicción perfecta, enlaza y hermana el detalle minucioso de una técnica con la visión clara y justa de un momento histórico.

De este modo y con esta maravillosa difícil facilidad que le carac-

teriza, ¡cuántos valores y de qué subido precio ha reivindicado para la Patria!

No es la labor del Maestro una mera labor de *investigación*, aunque, con la claridad de su inteligencia poderosa, en la posible frialdad de ella, se base y escude. Es una labor de *creación*, porque crear es extraer del olvido, de la ignorancia o de aquella ridícula posición (por desgracia muy mantenida) que entrañaba no oír ni dar por bueno más que el canto de sirenas extrañas, y creernos siempre los más mediatizados, los más débiles, los que si viven, viven tan sólo de ajenos valores.

¡Cuánto y de qué especial valor ha sido la labor españolisima de este admirado Maestro!

Y todo ello como algo sencillo, como algo sin estridencia alguna llamativa, como labor recoleta que pretende (el Maestro mismo lo decía en ocasión solemne) sincerar su propia y magnífica obra, tan sólo basándola en su propia satisfacción de hombre lleno de inquietudes científicas, es decir, como satisfacción espiritual que queda compensada, para él mismo, en el goce sereno del descubrimiento, al parecer, sin trascender de su cuarto de trabajo.

Mas no es así; podemos asegurarlo. El Maestro es y ha sido siempre esto, el maestro; el verdadero maestro. Y una de sus virtudes ejemplares ha sido la prodigalidad. Nadie que a él se acercara con un afán de estudio, con un anhelo o un deseo, salió con las manos vacías. Porque el Maestro lo da todo.

De aquellas sus conferencias luminosas en el aula universitaria, ¡cuántos libros no han salido, no ya inspirados en la claridad de su doctrina, sino calcados sobre la fluidez de su palabra sabia y cálida!

Muchos, todos los discípulos, recordamos esto y lo recordaremos con especial veneración.

Jamás el Maestro regateó su propio esfuerzo valiosísimo, entregando, con dadivosidad sin límites, todo cuanto él pudo crear en las intensas vigiliass de su delicado espíritu y en las continuadas horas de su callada e ingente labor.

No adjetivamos llevados de la honda veneración que le profesamos. Su labor es ingente, y lo es por dos especialísimas razones: Por lo justa, atinada, precisa, clara, honda, segura y firme, ponderada y queda, atildada y fina, densa de sustancia, plétora de poesía viva; por su rara y maravillosa extensión, por su extraña multiplicidad, por su don característico de especial amplitud.

En el ancho campo de los estudios históricos, sea cualquiera el instante o el momento en que se busque, se le encuentra. ¡Y cómo se le encuentra!

Es esta segunda faceta especialísima del egregio Maestro la que

más hondamente podemos admirar. Dios quiso concederle ese don extraño y raro de poder alcanzar los más diversos valores, y alcanzarlos con no menos rara y completa seguridad, de tal modo que su interpretación, su atisbo clarísimo, su opinión siempre justísima y atinada, se convierte y hace doctrina y se traduce en viva fuente donde bien a gusto puede beberse con plena seguridad; fuente insospechada, tal vez, para quien no haya alcanzado el honor de conocerle.

Un problema de Prehistoria que, en lo eventual, se concreta y reafirma, haciéndose básica la solución: Un problema de vieja etnología, que abre ancho campo a deducciones, tan claras y seguras que crean doctrina; un imponente alarde epigráfico que, basándose en textos estudiados con meticulosidad benedictina, crea un mundo de posibilidades sobre lo totalmente ignorado o sobre el tanteo confuso y desorganizado; un estudio sobre determinantes de un momento cultural, tanpreciado de sugerencias vivas, que se hace real e incontrovertible; un avance numismático, tan finamente aguzado que señala nuevos campos de investigación, creando pauta firme, sobre la que todo esfuerzo, a su dictado, se coronará de franco éxito; códices viejos históricos, que se comentan con atisbos y claridades insospechadas; estudios de conjuntos monumentales que crean períodos y reivindican para el arte patrio la justa y olvidada primacía, a veces bastardamente encubierta —lo visigodo, lo musulmán, lo mozárabe, lo románico, lo gótico, lo renaciente...—, y en estos magníficos alardes, cuán honda y profunda doctrina y qué maravillosas y vivas reconstrucciones históricas.

Y el gran Maestro no se sacia. Se adentra en el campo del arte, y con la firmeza exquisita de su temperamento delicadísimo, valora la labor de nuestros grandes pintores, desde un miniaturista anónimo a Goya, desde unas tablas del XV a Rosales.

Y conjuntamente, la labor de nuestros escultores; desde los maestros Fruchel y Mateo a Carmona, pasando por los grandes imagineros castellanos y andaluces; y la labor de nuestros arquitectos, desde Tioda a Villanueva...; y, como todo valor hispánico adquiere en el Maestro resonancias especiales, es el estudio acabado de técnicas en lo que adentra, con el conocimiento pleno de aquellas artes, unas veces humildes, otras llenas de grandezas, siempre impregnadas de belleza especial, que llevaron nuestros talleres a rangos elevadísimos; y así, orfebres y esmaltadores, batidores, alfareros, bordadores, tejedores, guadamacileros..., en ingente magnífica teoría, se alzan al conjuro de su estudio y desfilan con sus técnicas sabias y únicas y bellísimas, componiendo páginas nuevas de una historia nuestra, olvidada o preterida.

Así es el Maestro. Así vemos al Maestro. Así nos gloriamos en el Maestro.

Volviendo a este su reciente estudio, anotemos que se abre con otros enjundiosos capítulos; uno, que nos describe las sepulturas, y esta descripción no es una mera reseña, es algo más y de un mayor y más subido interés, pues en ella, con esa sencillez y claridad especial en el Maestro, se aprovechan los detalles para crear síntesis, y se evocan circunstancias y pormenores de especial valor histórico, sin abandonar la concreción especial, ni llevar al estudioso a frondas de erudicción fácil, tan a destiempo y en contraposición con el modo de ser del ilustre sabio.

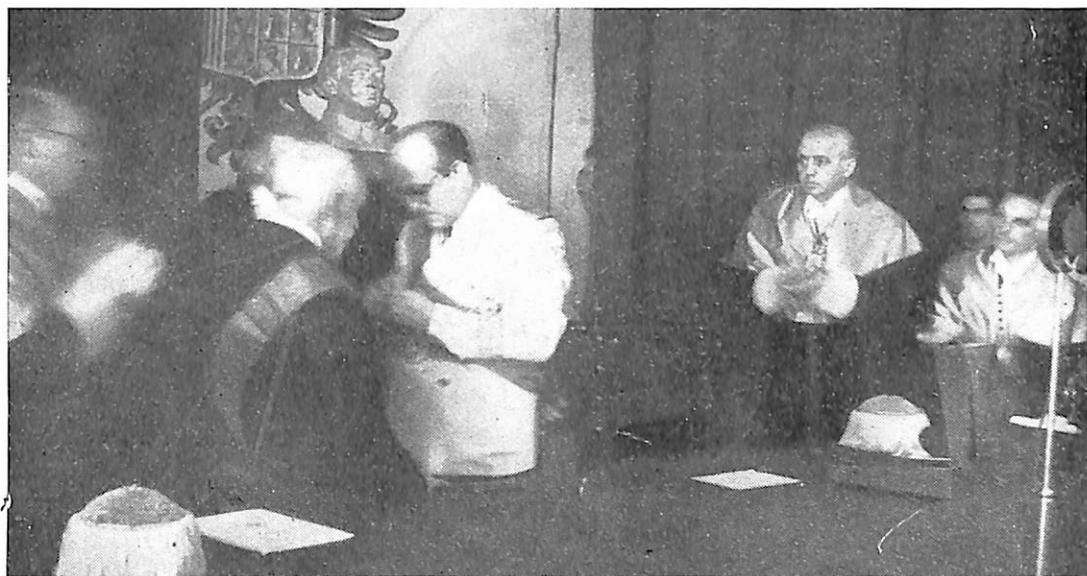
Después se reseña la exploración del cementerio real, y a él sigue otro capítulo, más amplio, en el que se estudian las yacijas con gran meticulosidad, adentrándose en los serios y difíciles problemas de reconocimiento y atribuciones, verdadero alarde en medio del estrago por las violaciones sufridas, las que salva el Maestro con su clara intuición. Es decir, que sobre estudio tan intensivo y de tan especial interés, como añadidura, nos da su genio esta magnífica reconstrucción que entraña incluso la solución de problemas históricos.

C. DE MERGELINA.

a)



b)



a) El Maestro Gómez-Moreno en una de sus lecciones en la Universidad Internacional de Santander.—b) El Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional imponiendo solemnemente la Gran Cruz de Alfonso el Sabio al Profesor Gómez-Moreno.